

El baño del ministro y el embajador: Fraga y Duke en Palomares, 1966

Teresa M. Vilarós¹

El 3 de mayo de 1995 se celebró el funeral de quien fue embajador de Estados Unidos en España durante los años de 1965 a 1968, Angier Biddle Duke, en la catedral de San Juan el Divino de Nueva York. En la ceremonia, el entonces secretario de la embajada, Timothy Powell, contó en homenaje a Duke una divertida anécdota de aquellos años que tuvo a este último de protagonista.

El relato de Towell, explicado con gracia, no resulta sin embargo tan ligero si tomamos en cuenta que forma parte de un complicado episodio de la guerra fría que potencialmente estuvo a punto de convertirse en uno de los de más graves consecuencias en estos años. El episodio es el de la caída accidental de cuatro bombas de hidrógeno en la costa almeriense de Palomares el 17 de enero de 1966, por causa de la colisión habida entre un avión B-52 de carga nuclear con el avión nodriza que lo abastecía.² La anécdota pertenece al baño que en la playa de Mojácar el embajador estadounidense Duke y el ministro español Fraga tomaron el 7 de marzo de 1966 y que según Towell se sucedió de la siguiente manera:

«El 17 de enero de 1966 en la base militar de Torrejón un avión bombardero B-52 explotó al repostar en el aire y cuatro bombas de hidrógeno cayeron en el pueblo de Palomares. La Fuerza Aérea militar estadounidense se dio cuenta enseguida de que el suceso tenía un carácter militar. El genio diplomático de Angie

¹ vilaros@duke.edu. Duke University.

² Como en el episodio de Palomares, en 1968 otro avión B-52, también con un cargo de cuatro bombas de hidrógeno, tuvo un accidente en Groenlandia. La base militar de la isla de Thule, servía, como Palomares, como almacén nuclear de carga y descarga después de que la Cuba de Fidel Castro hiciera inaccesible la isla a los norteamericanos.

[Biddle Duke] hizo que el embajador tomara inmediatamente en consideración la cuestión de la soberanía española por tratarse del accidente de un vuelo nuclear sobre territorio europeo, vuelo por tanto problemático en uno de los momentos álgidos de la guerra fría [...]. Los Estados Unidos rápidamente recobraron las tres bombas caídas en tierra firme, pero una cuarta bomba, caída en el Mediterráneo, se encontraba a gran profundidad. Fue sólo gracias al gran esfuerzo de los Navy Seals de la marina estadounidense que se consiguió al final recuperar la bomba, ayudados por la tecnología más avanzada de la época y que incluía submarinos de gran profundidad.

Los españoles estaban preocupados con el hecho de que una posible radiación atómica por parte de la bomba caída en el mar dañara su floreciente industria turística, que fue la base del boom económico de los años sesenta en España. Angie [Duke] tuvo la gran idea de utilizar la próxima inauguración [el 17 de marzo] del parador nacional [de Mojácar] [...] para demostrar al mundo que el miedo a una contaminación nuclear era infundado. Angie invitó al ministro español de Información y Turismo, Manuel Fraga, a bañarse con él en el Mediterráneo antes de la inauguración del parador y delante de la prensa mundial.

A la hora convenida llegaron Angie y su equipo, pero Fraga no dio señales de vida. Después de esperarlo un rato, y como no llegaba, decidimos bañarnos sin él y Angie se fotografió y se entrevistó con la prensa. Después nos vestimos y nos fuimos para arriba, a la terraza del parador, listos para las ceremonias de inauguración en cuanto llegara Fraga. Al cabo de un rato, Fraga todavía no había aparecido, cuando de pronto lo vimos abajo, en la playa, vestido con un gran bañador [Meyba], rodeado por la prensa y andando hacia el agua. La idea de Angie de escenificar un baño simbólico entre los Estados Unidos y España estaba en peligro de convertirse en un periquete en un evento cien por cien español. Por suerte para nosotros, vi que a unos veinticinco metros del agua había una media docena de marines americanos descansando al sol en sus hamacas. Angie se quitó frenéticamente su traje hecho a medida en la londinense Bond Street, pidió prestado un bañador húmedo a uno de los Navy Seals, se lo puso y echó a correr como un loco para intentar alcanzar al ministro Fraga y a su nube de periodistas. Los dos se encontraron al borde del agua —nunca olvidaré la cara de disgusto que puso Fraga— y de ese modo al día siguiente la primera plana de los periódicos del mundo mostró a Angie y a Fraga

bañándose juntos en el Mediterráneo y demostrando a todos que la bella costa española no era radiactiva.»³

El baño de Palomares del 7 de marzo de 1966 puede despacharse como un episodio excéntrico y algo bufo. Sin embargo, no lo es tanto si consideramos la situación de emergencia mundial provocada por la caída de las bombas de hidrógeno, tanto por la terrible posibilidad de fuga radioactiva como porque el accidente es intrínseco al contexto de contención nuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Ante momento tal delicado, hubo que tomar prontamente una decisión política, siendo el baño conjunto del ministro y el embajador resultado de tal decisión.

La decisión tuvo en su calculada proyección mediática un novedoso y espectacular carácter que hace pasar desapercibida su profunda importancia para un pensamiento del orden de lo biopolítico. El baño, a pesar de su ligereza o a causa precisamente de ella, y en tanto producción tecnológica mediática y de espectáculo, se presenta como un episodio especialmente coherente con la constatación propuesta por Carl Schmitt, en la edición de 1963 a su crítica sobre la política liberal de 1932, de que la guerra fría se presentaba como «una nueva forma de hacer la guerra».⁴ Si se tiene en cuenta además que Towell decididamente califica en 1995 el accidente de Palomares como «un acto de guerra,» el espectáculo mediático del baño del ministro y del embajador queda reconfigurado como una decisión biopolítica de nuevo orden. Parte de una guerra fría que, en palabras de Schmitt «se burla de todas las distinciones clásicas entre guerra, paz y neutralidad, entre política y economía, entre lo militar y civil, entre combatiente y no combatiente»,⁵ la escenificación del baño refleja ya de forma diáfana no sólo la creciente des-diferenciación schmittiana entre los ámbitos modernos tradicionales de lo político, lo económico y lo militar, además de lo cultural, sino también la progresiva interacción y dependencia orgánica entre ellos, de carácter biopolítico.

En tanto decisión biopolítica tomada sobre un hecho de carácter nuclear que a su vez forma parte de la guerra fría, el espectáculo mediático de Palomares puede interpretarse como un modo de administración del terror. Si

3 T. TOWELL, «Angier Biddle Duke Memorial Address. May 3, 1995», http://www.duke-family.org/vol_2_no_1.htm. Sin embargo, y tal como ha quedado documentado en diferentes estudios, el accidente de Palomares provocó una considerable contaminación radioactiva, especialmente en tierra firme. Según confirmó Catalina Gascó, «la contaminación se dispersó por efecto del fuerte viento reinante en dirección suroeste-noreste contaminando una extensa zona al depositarse sobre el suelo, plantas y edificaciones.» (Cit. A. MARTÍNEZ LORCA, «Prólogo», en I. ÁLVAREZ DE TOLEDO, *Palomares (Memoria)*, UNED, Madrid, 2001, p. 17).

4 C. SCHMITT, *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid, 1999, p. 48.

5 Ibidem.

el terror, como indica Miguel Ángel Ramos, es una forma de previsión,⁶ el episodio de guerra fría del baño el día de la inauguración del Parador de Mojácar aparece como un gesto de previsión capitalista en un escenario que, implicado en la economía globalizada de los sesenta y en la carrera sobre la primacía de armamento nuclear entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, apunta de forma decidida hacia la preservación biopolítica de una forma de vida entonces emergente: la del turista de masas.

Puede indicarse con razón, sin embargo, que guerra y tecnología mediática no se son ajenas y que ya la maestría cinematográfica de Thomas Edison, por ejemplo, hizo posible a finales del siglo diecinueve la producción y distribución masiva de sus ficticios reportajes sobre la guerra hispanoamericana de 1898. Sin embargo, a diferencia del modo político de Edison, de ámbito moderno o de «primera tecnología» si empleamos la terminología que Michel Foucault utilizó al final de su vida,⁷ el espectáculo de Palomares, nacido de la guerra fría y parte tanto de la carrera nuclear como de la floreciente industria turística de los sesenta, se ofrece como modo biopolítico de administración del terror, de ámbito posmoderno. Uno que pertenece ya al paradigma del capital globalizado e implicado, como de «segunda tecnología,» en la producción de formas de vida.⁸

Esto es precisamente lo que se hace explícito en la respuesta dada por la Secretaría de Defensa estadounidense al productor cinematográfico Samuel Bronston, al pedir éste permiso para hacer una película basada en el episodio de Palomares. Un mes después del baño en el parador de Mojácar, en una carta fechada el 14 de abril de 1966, el jefe de la Oficina de Producción y Dirección de los Servicios de Información, Donald E. Baruch, le indica a Bronston: «Sus patrióticas intenciones de producir un film que le parece será beneficioso para las relaciones entre España y los Estados Unidos son grandemente apreciadas. Si embargo, creemos que una representación del accidente con sus consecuentes problemas puede tener un efecto negativo en el mercado mundial».⁹

6 M. A. RAMOS, «Pedagogía de la muerte eterna», en *Sileno. Variaciones sobre arte y pensamiento*, 13 (2002), p. 7.

7 Véase sobre todo el capítulo 11 del libro *Society Must Be Defended (Lectures at the College de France 1975-1976*, Picador, New York, 2003), recopilación de algunos escritos póstumos de M. FOUCAULT, en el que el pensador francés dinamita con su noción de segunda tecnología sus proposiciones anteriores sobre biopoder.

8 *Ibidem*, p. 249.

9 D. E. BARUCH, «Letter to Samuel Bronston», Box 18, en A. BIDDLE DUKE, *Papers, 1915-1995*. En 1967, pues, la película que quería Bronston no se hizo. Hay que esperar a 1996 para que una referencia al episodio de Palomares llegue a Hollywood con la película *Broken Arrow*, de John Wood, y con John Travolta de protagonista. A pesar que el título de la película hace referencia al nombre con que los Estados Unidos designaron la operación de recuperación de las bombas en Palomares, la película de Wood no hace más que una referencia circunstancial al episodio.

La particular forma de vida que se estaba entonces produciendo en España asentada en la ayuda económica y en la tecnología militar nuclear de los Estados Unidos, la del turista, se mostraba ya desde luego a mediados de los sesenta como extremadamente beneficiosa para el mercado mundial que Baruch estaba al cargo de defender. Y en el episodio de la caída del bombardero, esta producción habría sido sin duda seriamente dañada si ciertas decisiones preventivas sobre el cómo y el modo de administración del terror durante la situación de excepción creada por el accidente no hubieran sido tomadas. Pero lo fueron. Aprovechándose de que la información mediática y tecnológica estaba en la España franquista prácticamente controlada en su totalidad por el Estado, Duke y Fraga espectacularmente mostraron al mundo que la costa mediterránea española aparecía no sólo libre de contaminación radioactiva sino que se encontraba a disposición del capital financiero en el proyecto de reconversión turístico-inmobiliario español.

Implicada la industria del turismo de masas en una economía globalizada de la que a su vez es parte la guerra fría, la situación de emergencia mundial generada de forma latente por el accidente sobrepasa, aunque deba de tenerlo en cuenta, el hecho de la soberanía española. Si, como propone Schmitt, es precisamente «el poder de decisión en un estado de excepción aquello que determina la cuestión de la soberanía»; y si lo que importa «no es el fin, sino los medios»,¹⁰ la decisión sobre esos medios habría sido tomada por parte de los Estados Unidos después de la segunda guerra mundial, y específica y explícitamente a partir de la guerra de Corea en lo que se puede calificar como su primer intento explícito de expansión imperial.

En el episodio de Palomares no sorprende por parte de los Estados Unidos su inmediata capacidad de acción militar y de intervención mediática a nivel mundial, aunque sí tal vez la seguridad con la que se movió el Estado franquista en esta situación excepcional. Sin embargo, la eficacia española se explicaría si recordamos que es a partir de 1950, con la guerra de Estados Unidos en Corea y el inicio de la guerra fría, cuando se producen los primeros acercamientos entre Estados Unidos y España.¹¹ En los años cincuenta empieza una íntima colaboración económico-militar entre ambos países que tiene como fondo la cesión de territorio español para el establecimiento de bases militares estadounidenses. Previstas ante y sobre todo como almacenes de abastecimiento y circulación aérea de armamento nuclear, el contexto de

10 C. SCHMITT, *La dictadura*, Alianza, Madrid, 1999, p. 55.

11 La guerra de Corea es una intervención estadounidense de carácter ya expansivo. A partir de ella, y tal como ha documentado extensamente A. VIÑAS (*En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*), Crítica, Barcelona 2003), las relaciones entre Estados Unidos y España se multiplican.

los primeros años de la guerra fría hace que la España franquista, aislada de Europa, aparezca como perfecto enclave militar para los Estados Unidos, uno perfectamente adecuado también para una escena de avanzada capitalista y de expansión biopolítica.¹²

En el año 1966, prácticamente quince años después de firmarse el primer tratado con los Estados Unidos, la posición geopolítica de España dentro del ámbito transnacional de circulación biopolítica está ya garantizada y asentada. Las cosas habían cambiando rápidamente en España, con el franquismo habiéndose ya explícitamente desplazado a finales de los cincuenta/primeros de los sesenta de un modelo autárquico de Estado a uno tecnócrata. Si aceptamos para los años sesenta la admonición schmittiana de 1932 de que el sentido definitivo de nuestra era se haría patente cuando quedase claro qué clase de política (¿o mejor de Estado?) adquiriría la suficiente fuerza para apoderarse de la nueva técnica,¹³ el gobierno tecnócrata formado el 10 de julio de 1962 fue el primero que explícitamente se constituye en la España franquista bajo un modelo desarrollista en línea con una creciente voluntad estadounidense de carácter imperial que busca la total apropiación tecnológica militar nuclear y de información mediática.¹⁴ Fue a partir de este primer gabinete de 1962, y partir de él de los consecuentes gobiernos «tecnócratas» o «desarrollistas» a lo largo de la década, cuando se explicitó la reconversión de la economía española al modo post-industrial o postmoderno iniciado en los cincuenta a partir del primer plan de desarrollo.¹⁵ Tal reconversión, sin embargo, no podía sostenerse dentro del modelo imperial de aire fascista

12 Recordemos las dificultades de relación que la Europa aliada tiene con el Estado franquista, a pesar de los intentos de acercamiento de Franco. La negativa a la petición de entrada en la Europa del Mercado Común en 1962 es ejemplo de ello.

13 C. SCHMITT, *El concepto de lo político*, cit., p. 121.

14 Paul Preston indica que el gobierno desarrollista del 62 se formó en parte para contrarrestar la negativa dada en Munich a la petición española de ingreso al mercado común. Cf. P. PRESTON, *Franco. A Biography*. Harper and Collins, London, 1994. pp. 700-701.

15 «Tecnócrata» es el término dado al gabinete de 1962 y a los subsiguientes formados en la llamada «década Fraga». Los gobiernos tecnócratas, a pesar de formarse con numerosos miembros pertenecientes al Opus Dei, como bien explica Stanley Payne, no formaron un equipo homogéneo: «Entre los cambios del nuevo gobierno del 10 de julio de 1962 estuvo el nombramiento por primera vez de un vicepresidente de gobierno, y lugarteniente del mismo Franco, en la persona del veterano general Muñoz Grandes. Continuaron la mayoría de los ministros clave, con Gregorio López Bravo, otro miembro del Opus Dei, como nuevo ministro de la industria. El nuevo ministro de Información y Turismo fue Manuel Fraga Iribarne, con cuarenta años de edad [...]. El nuevo gabinete, con cambios menores, duraría siete años. (S. PAYNE, *Franco. El perfil de la historia*, Trad. Carlos Carnaci, Espasa Calpe, Madrid, 1993, p. 198).

empujado por el franquismo en su primer periodo.¹⁶ Necesitado de un modelo social distinto, el franquismo tecnócrata de los años sesenta se aparta del modo de exhibición pública disciplinaria ejercida sobre todo en la década de los cuarenta y parte de los cincuenta (con su insistencia en una noción de cruzada más o menos fascista, por ejemplo).¹⁷ Apuesta en cambio por una práctica estatal basada en la exhibición espectacular y mediática de un Estado de bienestar capitalista orgánicamente indistinto e indistinguible de un Estado de seguridad, modelo que toma con la promulgación de la Ley Orgánica del Estado su carácter explícito.¹⁸ Y de manera un tanto sorprendente si tenemos en cuenta la deficiente e insuficiente intervención de España en el paradigma industrial de la modernidad, el par seguridad-bienestar, de carácter plenamente biopolítico, al apoyarse en una concepción tecnológica-orgánica, es eficazmente manejado por el Estado franquista como inequívoca forma de consumación y consumición capitalista.

Michel Foucault calificará en sus últimos escritos a la circulación biopolítica de la posmodernidad como de «segunda tecnología»,¹⁹ circulación que se aleja de forma radical del modelo biopolítico disciplinario y de castigo descrito en años anteriores por Foucault mismo para la modernidad occidental. En España la circulación biopolítica o de segunda tecnología emerge con fuerza durante el periodo del franquismo desarrollista y encuentra su máxima expresión en la creación del ministerio de Información y Turismo, que ya en su mismo nombre implica aquella estrecha relación de ámbitos tecnológicos apuntada por Schmitt en 1932 y mucho mas tarde, en 1976, por Foucault. El ministerio, hijo de la política desarrollista, contó con Manuel Fraga como su segundo ministro. Él y su equipo fueron los responsables del cambio de imagen dado al franquismo, siendo Información y Turismo una de las piezas

16 Stanley Payne ha insistido en que aunque «el régimen franquista ha sido a menudo considerado fuera de España como el último régimen fascista de Europa», no lo era. Según Payne, «la época fascista del regimen acaba muy pronto después de la derrota del III Reich: Después de la Conferencia Aliada de Potsdam en julio de 1945 [...] Franco y su régimen, incluida la FET, tuvieron que someterse a una especie de metamorfosis para sobrevivir la era del post-fascismo.» (S. PAYNE, *Fascism in Spain, 192-1977*, The University of Wisconsin Press, Madison, WI, 1999, p. 398).

17 No debemos olvidar, sin embargo, que como advierte Preston, la liberalización implícita en el nuevo gabinete de 1962 fue también «acompañada de duras medidas de represión contra la izquierda. Detenciones, torturas y juicios militares contra militantes de grupos de izquierda estuvieron a la orden del día. Una nueva huelga en Asturias y Cataluña en agosto y septiembre de este año fue reprimida con feroces medidas militares» (P. PRESTON, o. c., p. 705).

18 Javier Tusell explica que «el gobierno de 1962 iba a presidir la etapa de 'desarrollismo neto,' tanto socioeconómico como político, que alcanzaría su culminación en torno a la llamada Ley Orgánica del Estado.» (J. TUSELL et al., *La vida cotidiana en la España de los sesenta*, Ediciones del Prado, Madrid, 1990, p. 34).

19 M. FOUCAULT, o. c., p. 249.

claves de la efectiva apertura de la economía española en el momento de emergencia del capitalismo globalizado.

Bajo la batuta de Fraga Iribarne, el Estado franquista tecnócrata se lanzará a proteger al ciudadano de posibles peligros internos bajo un modelo capitalista neoliberal basado en el par estatal seguridad/bienestar. La profunda conexión existente entre el capitalismo financiero y la tecnología mediática está claramente presente en toda la producción de entretenimiento y cultural-informativa del ministerio, desde los lemas publicitarios, creados ambos por Fraga, de los «Veinticinco años de Paz,» el del «Vota Sí» del Referéndum de 1964, o el del documental *Franco, ese hombre*, de José Luis Sáenz de Heredia también filmada con vistas al Referéndum, hasta toda la serie de películas de la llamada españolada.²⁰ El carácter neoliberal (o neo-conservador) del franquismo desarrollista de los sesenta en general, y del Ministerio de Información y Turismo en particular, fue pronto notado por los partidos de izquierda y sobre todo por Santiago Carrillo, entonces presidente del Partido Comunista de España, quien desde el exilio advirtió que los nuevos tecnócratas en el gobierno debían ser tomados políticamente muy en serio. Carrillo correctamente identifica el espectáculo mediático a todos los niveles puesto en marcha por Fraga a través de Información y Turismo como evidencia del cambio de dirección dado por el franquismo hacia un nuevo paradigma capitalista. Y desde *España independiente*, en un artículo archivado también por el embajador Duke en traducción inglesa, escribe Carrillo: «En España hay un movimiento en desarrollo que quiere abandonar las estructuras fascistas para moverse hacia un tipo de neoliberalismo».²¹

En parte, el papel jugado por España dentro de una entonces emergente economía capitalista de carácter neoliberal obedece a un reconocimiento por parte de los administradores del Estado franquista de una voluntad imperial de avance de los Estados Unidos hacia formas de hegemonía y/o dominación

20 Tal como explica J. GIL PECHARROMÁN, «XXV años de paz», en J. TUSELL et al., *La vida cotidiana en la España de los sesenta*, cit., p. 63: «el eje de las conmemoraciones de 1964 fue una espectacular campaña de propaganda que, con el lema 'XXV Años de Paz,' orquestó el equipo del ministro de Información y Turismo, Fraga Iribarne, uno de los más activos y eficaces representantes del nuevo franquismo [...] La campaña terminaría en noviembre con el estreno de la película *Franco, ese hombre* [de Sáenz Heredia, Ministerio de Información y Turismo, 1964. ByN]».

21 S. CARRILLO, en A. BIDDLE DUKE, *Papers*, cit., caja 20. La izquierda en general, sin embargo, no entendió la profunda vinculación biopolítica del desarrollismo español. Para un análisis sobre la distancia existente entre la izquierda ilustrada y la cultura popular en los sesenta, ver otros ensayos míos: «*La Escuela de Barcelona*: cine, literatura y la intelectualidad espectacular», en N. MINGUEZ (ed.), *Cine y literatura en España*, Universidad Complutense, Madrid, 2002; y «El menú del Via Veneto: Barcelona alrededor de 1971», en *Tropelías*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2002.

global, tal como también había reconocido Schmitt —que no de forma casual era muy buen amigo de Fraga— a partir de 1945 y por causa del bombardeo nuclear de Hiroshima y Nagasaki se abre en el mundo un espacio para el posible asentamiento de una nueva soberanía mundial. Los EEUU y la URSS saben que tanto la consecución de una hegemonía política y/o dominancia pasan por la apropiación del aparato tecnológico nuclear e informático. Y pensando en las posibles resoluciones de la guerra fría, empezada a los cinco años de terminarse la guerra, escribe Schmitt en 1957 en un ensayo:

«Hay tres posibilidades. La primera [...] sería que uno de los dos contendientes en la presente situación global antitética [los EEUU o la URSS] se declararan victoriosos. El dualismo oriente-occidente sería entonces solamente el último escenario ante lo que aparecería como la última y completa unidad del mundo —la última etapa, el último paso por así decirlo en los terribles círculos apuntando hacia un nuevo nomos de la tierra. El contendiente victorioso sería el único soberano. Se apropiaría de todo el globo —de tierra, mar, aire [y espacio]— y dividiría y administraría el mundo de acuerdo con sus planes e ideas.»²²

Teniendo en cuenta que en su ensayo Schmitt ofrece la victoria de Estados Unidos como segunda posibilidad en este escenario ominoso y que la tercera, de carácter dialogante, la presenta como muy poco probable, cuando éste afirma que «la manera puramente técnica del pensar actual no conoce otra solución que la soberanía absoluta» y que «la efectividad de la tecnología moderna hace aparecer la completa unidad del mundo como conclusión inevitable»,²³ el avance imperial de los EEUU realizado de forma latente a partir del fin de la segunda guerra mundial y de forma explícita a partir de la guerra en Iraq en el 2003, parece confirmar la dominancia de su apropiación tecnológica nuclear, y por tanto también de su dominancia militar y económica —así como también de la circulación biopolítica que la acompaña.

Desde el orden del *nomos* propuesto por Schmitt, el período entre 1945 y 1989 (año del desmantelamiento del estado comunista soviético), o más exactamente, el periodo comprendido entre 1945 y 2003 (año del primer acto de una guerra de avance imperial mundial ejecutada explícitamente y por primera vez en forma preventiva por los Estados Unidos) se ofrecería como un periodo de latencia. Al contener la adjudicación soberana entre los

22 C. SCHMITT, *The New nomos of the Earth*, pp. 354-355.

23 Ibidem, p. 355.

EEUU y la URSS, la segunda mitad del siglo veinte se manifestaría como un interregno de decisiones tentativas y por tanto como un momento intermedio de soberanía. En aquel momento, todavía no ejecutado el gesto de avance hacia la soberanía absoluta por parte de los EEUU, la guerra fría oscila entre el modo imperial explícito puesto en marcha en nuestros días por la administración de George W. Bush y su doctrina de seguridad nacional y los gestos tentativos de acumulación capitalista imperial hecho por los Estados Unidos en las cinco últimas décadas del siglo veinte.

Es en este contexto que la competición por la ocupación mediática escenificada en la anécdota del baño entre el embajador americano y el ministro español en el episodio de Palomares toma una significación especial. Por una parte, el accidente nuclear reclama con claridad nítida la necesidad de una toma de decisión en una situación de excepción. Por otra, sin embargo, esta situación excepcional no constituyó de por sí el estado de excepción necesario para que se constituyera la decisión soberana, según los parámetros schmittianos. La industria del turismo de masas en la España de los sesenta emerge del momento de interregno globalizado, uno que ya en 1963 Schmitt presenta como época sin Estado, o en todo caso como época a la espera de un nuevo orden mundial por venir:

«La época de la estatalidad toca a su fin. No vale la pena desperdiciar más palabras en ello. Termina así toda una superestructura de conceptos referidos al Estado, erigida a lo largo de un trabajo intelectual de cuatro siglos por una ciencia del derecho internacional y del Estado *europacéntrica*. El resultado es que el Estado como modelo de la unidad política, el Estado como el portador del más asombroso de todos los monopolios, el de la decisión política [se termina] [...] y queda [ésta] destronada. Sin embargo se mantienen sus conceptos, que quedan incluso como conceptos clásicos. Bien es verdad que en la actualidad el término *clásico* suena en general un tanto equivoco y ambivalente, por no decir irónico.»²⁴

Siguiendo su razonamiento, la época de la estatalidad estaría entonces ligada al sistema jurídico ilustrado que hizo posible tanto el flujo biopolítico a él inherente como la figura jurídica del ciudadano. Este es también el punto de partida de Giorgio Agamben en su desarrollo de la noción de vida nuda y de la noción biopolítica schmittiana. Fundamentando la posibilidad de

24 C. SCHMITT, *El concepto de lo político*, cit., p. 40.

ambas a partir de la noción del *habeas corpus* presente en el sistema jurídico europeo desde 1679, Agamben insiste en enlazar biopolítica y vida nuda a la historia jurídica de la modernidad desde la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano en 1789.²⁵ Sin embargo, si se traza la emergencia del ámbito biopolítico y de la vida nuda al paradigma de la civilización jurídica de la modernidad y a la redacción de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano («los derechos se atribuyen al ser humano sólo en tanto que éste se presupone en la figura del ciudadano»²⁶, parecería seguirse que, en la posmodernidad, los modos democráticos todavía al uso (o el uso contemporáneo de los modos democráticos instrumentalizados sólo como «conceptos clásicos» según Schmitt) estarían funcionando de hecho de un modo reaccionario. El paradigma contemporáneo postmoderno —una época sin Estado si extendemos la admonición de Schmitt hasta nuestros días; o una época marcada por un modo imperial des-localizado y transnacional «en el que las funciones de regulación del Estado se establecerían ahora en una serie de organismos nacionales y supranacionales reunidos bajo una única lógica reguladora» tal como proponen Toni Negri y Michael Hardt²⁷ —quedaría caracterizado en su reaccionarismo biopolítico por su voluntad de preservación tanto de los modos de producción de vida como de la administración de la vida nuda.

Pero si el paradigma jurídico de la modernidad se propone como el ámbito propulsor de la producción biopolítica; si la modernidad está implicada en la modernización, la industrialización, la secularización y la emergencia del Estado nación; y si nuestro momento contemporáneo intenta ante todo y sobre todo preservar y avanzar la posibilidad de producción biopolítica en principio inherente a la modernidad político-jurídica, hay que proponer entonces que la época postmoderna contemporánea señalada por la erosión del Estado-nación, por la emergencia de los movimientos fundamentalistas de rechazo al Estado secular, y por el desplazamiento del capital de su segundo estadio de desarrollo, industrial, al tercero o post-industrial, se presenta en lo concerniente a la circulación biopolítica como formación reaccionaria.

¿Cómo pensar entonces la aparente contradicción de la naturaleza reaccionaria de la razón posmoderna? Una posibilidad es, tal como propone Alberto Moreiras la «de ser capaces de pensar lo reaccionario en el progreso o su indiferente viceversa».²⁸ El «indiferente viceversa de la natura-

25 G. AGAMBEN, *Means Without Ends. Notes on Politics*, University of Minnesota, Minneapolis/London, 2000, p. 20.

26 Ibidem.

27 M. HARDT Y A. NEGRI, *Empire*, Harvard U.P., Cambridge Mass., 2000, p. xii.

28 A. MOREIRAS, «La piel del lobo. Apuntes sobre la categorización de lo reaccionario», en *Archipiélago* 56 (2003).

leza reaccionaria del pensamiento de lo político,» utilizando los términos de Moreiras, haría precisamente evidente que el avance neocapitalista de la España tecnócrata de los años sesenta se articula de hecho dentro de una razón de naturaleza reaccionaria. Pero y sobre todo explica su viceversa: que la razón reaccionaria del franquismo de los sesenta posibilita el fluido avance del capital en el tercer estado de su desarrollo. Y para explicar tal aparente contradicción hay que proponer que a) la reconversión económica de España puesta en marcha con el primer y segundo planes de desarrollo (el del 53 y el del 59) no se produce dentro de los cánones del paradigma industrial de la modernidad, sino del post-industrial y de capital globalizado característico de la posmodernidad; b) que al estar apoyada esta reconversión en la industria de turismo masificado que tiene sus bases en la guerra fría, en la tecnología nuclear y en el tentativo avance de carácter imperial de los Estados Unidos, la España desarrollista de los años sesenta, aquella desde la que dirige Manuel Fraga la información estatal mediática, es ya postmoderna; y c) que tales parámetros suponen una integración orgánico-tecnológica que responde a una circulación biopolítica.

Precisamente porque la decisión *mediático-tecnológico-militar* del baño es una decisión consecuente con el paradigma postmoderno, es una decisión que actúa como tal sólo a partir del agotamiento de esta última, es decir desde la erosión de la decisión política *per se*, de aquella «joya de la forma europea y del racionalismo occidental» de la que hablaba Schmitt y que según él estaba llegando en 1963 a su fin.²⁹ En este sentido, sería la década de los sesenta, y no la de los noventa como creía Agamben, la que se expresaría como momento de indeterminación relativo tanto a la decisión como a la soberanía:

«Debido a que la vida biológica con sus necesidades se ha vuelto el factor políticamente decisivo, se entiende la por otra parte incomprensible rapidez en que las democracias parlamentarias del siglo veinte se tornan en estados totalitarios y éstos en democracias. En ambos casos, estas transformaciones se produjeron en un contexto en que ya por algún tiempo la política se había convertido en biopolítica, y lo única cuestión importante a decidir era la de qué tipo de organización sería la más adecuada a la tarea de asegurar el control y el uso de la vida nuda. Una vez que el referente fundamental es de la vida nuda, las distinciones políticas tradicionales entre derecha e izquierda, liberalismo y totalitarismo,

29 C. SCHMITT, *El concepto de lo político*, cit., p. 40.

entre lo privado y lo público, pierden su nitidez e inteligibilidad y entran en una zona de indistinción.»³⁰

La zona de indistinción se puede retrotraer sin problema a la España de los sesenta, que atendía ya con eficacia a la preservación y circulación de los flujos biopolíticos y de capital en el momento del masivo pasaje global de la modernidad a su pos. Pero si el periodo tecnócrata se evidencia como una especie de laboratorio geopolítico capaz de funcionar en plena armonía dentro de los parámetros de la tecnología neoliberal des-diferenciadora, debemos preguntarnos si la eficacia biopolítica demostrada por el franquismo desarrollista no respondería a la naturaleza imperial de lo político en la historia española. Hay que tener en cuenta que los años sesenta en España anuncian y ejecutan con extraordinaria y ominosa sabiduría un ejercicio de bio-poder que no circula ya por un ámbito moderno o industrial —con el que, por otra parte, el estado de naturaleza imperial español siempre tuvo dificultad de inserción. Por el contrario, el franquismo desarrollista circula desde el ámbito posmoderno o post-industrial que, empujado por los Estados Unidos, tiene también naturaleza imperial. Desde el indiferente viceversa reaccionario de un estado franquista perfectamente integrado en la zona de indistinción e indeterminación soberana de la guerra fría, y a pesar de la verdad y realidad de las sentencias y ejecuciones, el ejercicio de bio-poder del franquismo tecnócrata y desarrollista no está tan interesado en el «derecho a quitar vida» específico de la modernidad ilustrada, como en «incrementar su derecho de intervención en la producción de vida»,³¹ característico no sólo de la posmodernidad sino también de la tradición imperial española.

Sostiene Foucault:

«Tomemos, por ejemplo, la muerte de Franco [...]. El hombre que ejerció un poder absoluto sobre la vida y la muerte en cientos de miles de personas cayó sobre la influencia de un poder que administraba la vida tan bien que [...] ni siquiera se dio cuenta de que estaba muerto y de estaba siendo mantenido vivo después de su muerte. Creo que este acontecimiento [...] simboliza el choque entre dos sistemas de poder: el de la soberanía sobre la muerte [poder disciplinario moderno] y éste nuevo [poder de segunda tecnología, posmoderno] que regula y administra la vida.»³²

30 G. AGAMBEN, *Homo Sacer. Sovereign Power and Bare Life*, trad. Daniel Heller-Roazen, Stanford UP, Stanford, CA, 1998, p. 122.

31 M. FOUCAULT, o. c., p. 248.

32 Ibidem, p. 249.

Contrariamente a los que creía Foucault, la regulación biopolítica de la vida no esperó a los años de la muerte de Franco para hacerse presente. Ya la década tecnócrata y desarrollista del franquismo funcionó como una forma de Estado que no utiliza primariamente la tecnología disciplinaria para conseguir el control social. El estado disciplinario es el estado de la modernidad *par excellence*. Alejándose de éste, y precisamente porque la legitimidad del Estado franquista se buscó y se amparó en la tradición nacional y católico-imperial española de gran eficacia biopolítica, el franquismo de la década de los sesenta se acopla sin dificultad a un sistema-imperio de «segunda tecnología» que no le es de modo alguno ajeno:

«La segunda tecnología es aquella que hace surgir la masificación característica a toda población, aquella que trata de controlar la serie de sucesos imprevistos que ocurre en toda masa viviente, que trata de predecir la posibilidad de ocurrencia de tales sucesos (y de modificarlos), o al menos de compensar sus efectos. Se trata de una tecnología que intenta establecer un cierto tipo de homeostasis; pero no entrenando a los individuos, sino consiguiendo un equilibrio general que protege la seguridad del organismo total de peligros internos. Es decir, se trataría de una tecnología de la perforación, opuesta a y distinguible de una tecnología de la seguridad».³³

La industria del turismo de masas y en general toda la cultura de masas desarrollada en los sesenta en España, se registra como esa «segunda tecnología» foucaultiana. Propulsada por la guerra fría y apoyada por su entorno tecnológico nuclear y de información, se constituye como una intervención biopolítica capaz de atender a la administración y regularización de formas de vida en una economía capitalista globalizada que se encontraba ya en su tercer estadio de desarrollo.

En el interregno global de los sesenta, y si de acuerdo con Moreiras, «el no-sujeto es en cada caso una indicación de desnarrativización histórica»,³⁴ bajo el liderazgo de Manuel Fraga la des-narrativización histórica se torna en proyecto de Estado y el turista de masas aparece como una figura gravitando entre el tropo de lo humano como ciudadano y el de lo humano como no-sujeto. Apoyado por el flujo económico proporcionado por las bases nucleares militares, el ministerio de Fraga lanzó de forma extremadamente habilidosa un programa de bio-regulación homo-estática que apuntaba, en

33 Ibidem.

34 A. MOREIRAS, o. c.

primer lugar, a la reeducación del proletariado urbano y de la población rural, y en segundo, a la población española en general. En un despliegue de eficacia, Información y Turismo usa de forma precisa y muy efectiva la entonces emergente tecnología de la imagen, mayoritariamente controlada por el Estado, para la producción y despliegue de los nuevos espectáculos de masificación. Dentro de la serie establecida por Foucault (población de masas/procesos biológicos/mecanismo de confirmación de seguridad), los espectáculos para las masas proporcionados por el cine de la españolada, por ejemplo, o el fútbol y la televisión, son en los años sesenta ya avenida de circulación biopolítica.

Dentro de ese modelo, se pone en marcha algo así como una apresurada «educación sentimental» neoliberal del españolito medio de la época, como hubiera dicho quizá Manuel Vázquez Montalbán. Y a la par de la naciente industria del turismo de masas, nace en España con ella y a ella ligado un nuevo tipo de sujeto/súbdito: el emblemático en 1959 de forma magistral por la niña-actriz Marisol en *Un rayo de luz*, la película de Luis Lucia que la lanzará al estrellato, y ya enseguida y después de esta película por el cine conocido como de «españolada.» El numeroso grupo de películas de este tipo producidas con el apoyo financiero del Ministerio de Información y Turismo en los años sesenta funciona eficazmente como engrasado organismo tecnológico, dedicado a educar/entretener al pueblo en el intrínquilis del nuevo paradigma de consumo globalizado hasta entonces situado fuera del alcance de los españoles: desde el patriotismo consumista a base de fútbol (*Saeta rubia*) hasta la emigración española al extranjero (*Vente a Alemania, Pepe*), pasando por la necesidad de incrementar los índices de natalidad (*La gran familia*), o por la colaboración de España con la NASA.³⁵

A diferencia del grupo de películas de raigambre histórico-imperial características de las primeras dos décadas de la dictadura franquista, las películas patrocinadas por Información y Turismo en los sesenta se usaron no tanto como instrumento ideológico sino como tecnología estatal de confirmación del par seguridad/consumo. Y así como las primeras películas buscan introducir a la población tanto las masas de turistas que se desplazan a las costas españolas como el complejo sistema que las hace posible (*Bahía de Palma*, 1962, de Juan Bosch, o *Búsqieme a esa chica*, 1964, de Fernando Palacios, por ejemplo, esta última de nuevo con Marisol como protagonista), a partir de mediados de los años sesenta, la españolada atiende a la exploración de la progresiva y celebrada auto-conversión del sujeto nacional en sujeto turista,

35 La emigración al extranjero fue el otro gran soporte de la reconversión económica española. Para más detalles, ver otro ensayo mío: «The Passing of the *xarnego*-Subject. The ideologies of Assimilation in Catalonia», en *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies* 7 (2003).

siendo ejemplos de ello las perversamente estupendas comedias-basura *Abuelo made in Spain*, 1968, de Pedro Lazaga, y, entre muchas otras, la plétora de películas dirigidas por Pedro Masó, con *Verano setenta*, *El turismo es un gran invento*, ambas de 1970, o *No desearás al vecino del quinto*, ya de 1975, entre las mejores.

En este contexto, también el baño de Palomares se sitúa fuera del ámbito de narrativización, moderno, y cae en el de desnarrativización, posmoderno y ligado a la guerra fría. Compañero en el mundo real del mundo de ficción de las películas de la española, el episodio del ministro y del embajador en el Parador de Mojácar aparece como un ejercicio tecnológico para la administración tanto de formas de vida como del terror nuclear —como un gesto preventivo biopolítico de segunda tecnología.

Nutriéndose de la tecnología de información, nuclear y militar, gracias a la industria del turismo, el imperialismo neoliberal se desprende del sujeto-proletario, y es testigo del nacimiento del sujeto post-moderno occidental en tanto un mero sujeto sobreviviente, un sujeto que consume y se consume. No tanto como un sujeto instrumentalizado, como proponía Manuel Vázquez Montalbán al escribir que «en los años cuarenta y cincuenta, los turistas infundían respeto, un respeto mitológico. En los sesenta son seres instrumentalizados»³⁶. Promocionado y producido por el Estado a través de Información y Turismo, la década inaugura un espectacular modo de administración estatal del terror. Un modo de ejercicio biopolítico que en última instancia, y a través del espectacular uso de las tecnologías del entretenimiento de masas, parecería ser capaz de borrar o emborronar la línea que separaría al ciudadano del tropo del no-sujeto como alternativa configuración de lo político.

El resultado es vida producida. Fuera y más allá de la modernidad, y plenamente entramada en la tecnología militar nuclear, en la década de los sesenta nació en España el nuevo (no)sujeto posmoderno occidental, cortesía del gran invento del turismo.

36 M. VÁZQUEZ MONTALBÁN, *Crónica sentimental de España*, Grijalbo/Mondadori, Barcelona, 1998, p. 189.